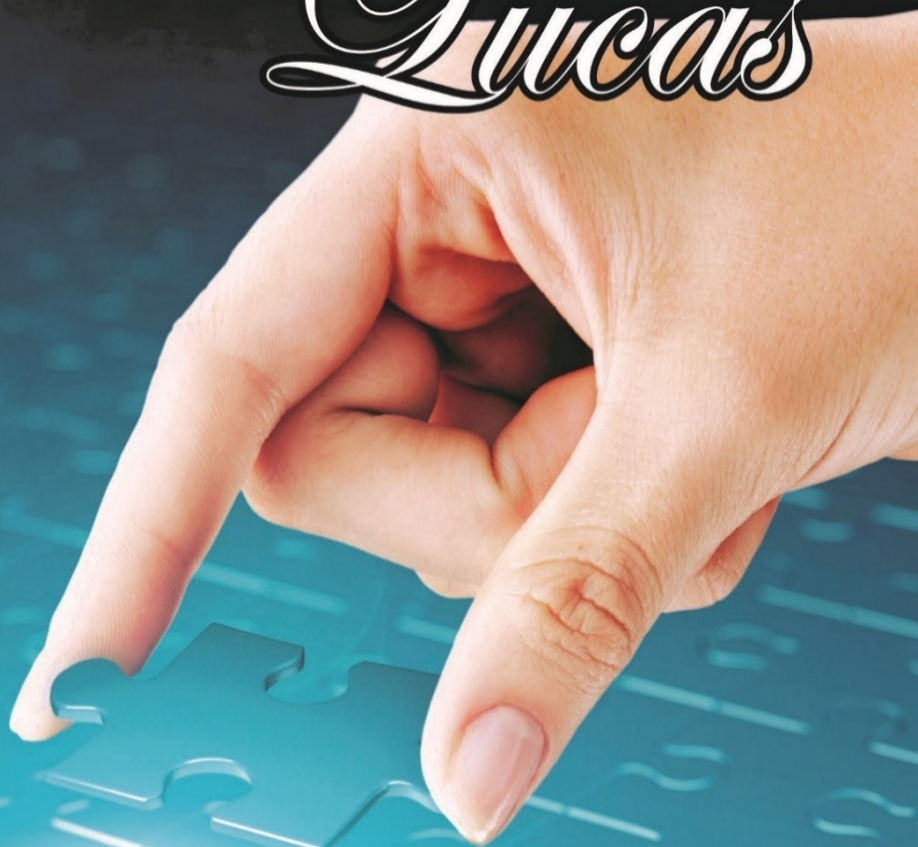


Ediciones Lucas



“EL DESPERTAR DE LOS HIJOS DE DIOS.”
EI-010425-106

“EL DESPERTAR DE LOS HIJOS DE DIOS”

© 2025 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: abril 2025

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-010425-106

EL DESPERTAR DE LOS HIJOS DE DIOS.

Lucas 2:41 (BTXIV)

S
E
M
A
N
A
—
1
—

“Y cada año sus padres iban a Jerusalén a la fiesta de la pascua. 42 Y cuando Él llegó a ser de doce años, subieron conforme a la costumbre de la fiesta. 43 Y habiéndose cumplido los días, mientras ellos regresaban, el joven Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo supieran. 44 Suponiendo, pues, que estaba en la caravana, anduvieron camino de un día, y lo buscaban entre los parientes y conocidos. 45 Pero al no hallarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. 46 Y aconteció que tres días después, lo hallaron en el templo, sentado en medio de los maestros, no solo oyéndolos, sino también haciéndoles preguntas. 47 Y cuantos lo oían quedaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas. 48 Y al verlo, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos hiciste esto? ¡He aquí tu padre y yo te hemos buscado angustiados! 49 Les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me es necesario estar en lo de mi Padre? 50 Pero ellos no entendieron la palabra que les habló. 51 Y descendió con ellos y fue a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas las palabras en su corazón. 52 Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en favor para con Dios y los hombres”.

La vida y el caminar de nuestro Señor Jesucristo, mientras estuvo en la tierra, nos marcan la ruta que debemos seguir. Con toda seguridad, podemos decir que Cristo es el modelo perfecto de lo que debemos hacer y cómo debemos vivir como hijos de Dios.

Si estudiamos la vida del Señor y la examinamos paso a paso, en todo lo que Él hizo, llegaremos a la conclusión de que, así como Él nació y murió, nosotros también debemos nacer de nuevo y, en algún momento, morir a nuestro "yo". Si seguimos analizando más detalles, nos daremos cuenta de que cada etapa de su vida nos marca el camino que debemos transitar. En una ocasión, Él mismo dijo: *"Yo soy el camino..."* **(Juan 14:6)**.

Podemos observar la vida del Señor desde dos grandes enfoques:

Como el Cristo de Belén, quien apareció al nacer en Belén.

Como el Cristo de los doce años, que apareció en el Templo.

Después de estas dos facetas, volvió a aparecer hasta los treinta años para iniciar su ministerio. Podemos decir, entonces, que el Señor nos señala inicialmente una ruta que se divide en dos etapas. Veamos esto más detalladamente:

1.- LA ETAPA DEL CRISTO DE BELEN:

Esta etapa nos habla del creyente que ha nacido de nuevo. Así como el Señor Jesús experimentó un nacimiento, también nosotros debemos experimentar un nuevo nacimiento, que no es otra cosa que el momento en el cual la Vida Divina se manifiesta en nuestra carne mortal. En

Belén sucedió un milagro: la Vida Divina se encarnó y se manifestó en un niño. En palabras del apóstol Juan, podríamos decir:

*“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre
nosotros...”*

(Juan 1:14)

Este evento también lo experimentamos nosotros el día en que creemos y aceptamos a Jesús como nuestro Salvador; ese día, la Divinidad se hace una con nosotros.

No podemos pasar por alto que el Cristo de Belén no realizó ningún milagro. Ciertamente, sucedieron cosas milagrosas alrededor de su nacimiento. Una de ellas fue la aparición de ángeles; otra, el cielo abierto que los pastores atestiguaron; y, poco después, la estrella que vieron los magos en el cielo, la cual los guió hasta donde estaba el niño Jesús. En resumen, el Señor fue admirado por los acontecimientos extraordinarios que rodearon su nacimiento, pero no por milagros que Él mismo realizara en ese momento.

El ángel que se les apareció a los pastores les dijo: “Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre” (Lucas 2:12). El Cristo de Belén, envuelto en pañales y acostado en un pesebre, nos muestra la pobreza espiritual en la que podemos mantenernos si no avanzamos en nuestra vida en Cristo. Nacer en un pesebre era una de las formas más extremas de

pobreza en aquel tiempo, pues esto indicaba que José y María no tuvieron acceso a una casa, ni siquiera a una habitación en el mesón. El pesebre era un comedero de animales que José y María acondicionaron para que allí naciera nuestro Señor Jesús. Esto simboliza que, si nos quedamos estancados en la etapa del Cristo de Belén, podremos gozarnos en nuestra salvación, cantar y hasta experimentar lo sobrenatural porque Su salvación es grande. Sin embargo, permaneceremos en una pobreza espiritual si no avanzamos hacia otras esferas de vida en Cristo.

Además de haber estado en un pesebre, el Cristo de Belén también estuvo envuelto en pañales. Esto representa la fragilidad e inutilidad de un niño en esa condición. No hay ser humano más indefenso que un recién nacido. Esto nos habla de nuestra debilidad inicial al venir al Señor: dependemos completamente de los demás, siempre esperando recibir, buscando que otros se esfuercen por nosotros, anhelando ser amados, atendidos y ayudados, tal como un niño recién nacido. Si bien esta dependencia es natural para los nuevos creyentes, el problema surge cuando se prolonga indefinidamente y nos negamos a madurar espiritualmente. No podemos quedarnos para siempre en una etapa demandante, en la que no tenemos nada que dar.

Hay creyentes que, después de años, siguen siendo incapaces de compartir una palabra de ánimo con su hermano, de interceder por otros, o de

auxiliar a alguien en necesidad. ¿Por qué? Porque espiritualmente siguen en el pesebre, en una condición precaria que les impide ser de bendición para los demás. ¡Qué bueno es ser creyentes! ¡Sí! Pero no debemos quedarnos en el pesebre.

Además de ser una etapa de pobreza espiritual, también evidencia nuestra fragilidad. Si no nos llevan, no caminamos por nuestra propia cuenta; si no nos llaman, no buscamos. Dependemos completamente de la acción de los demás. Somos como niños recién nacidos que lloran constantemente por su alimento. Los bebés suelen ser demandantes y caprichosos, y así son muchos creyentes: solo exigen, solo demandan, se molestan cuando las cosas no se hacen a su manera, se ofenden si los hermanos no los saludan adecuadamente, entre otras malas actitudes. La pregunta es: ¿por qué, en lugar de exigir un saludo, esos creyentes no toman la iniciativa de saludar a otros? Ni siquiera se les ocurre. Creen que son el centro del universo y que todo debe girar a su alrededor. ¡Cuán equivocados están quienes piensan así!

La etapa del Cristo de Belén es maravillosa, pero es lamentable que, después de diez o quince años de haber conocido al Señor, algunos creyentes solo puedan aferrarse al recuerdo del día en que se encontraron con Él, sin haber avanzado en su vida espiritual.

¿Cómo nos vemos actualmente en nuestro caminar cristiano? ¿Somos hijos de Dios pobres, débiles, demandantes y caprichosos?

2.- LA ETAPA DEL CRISTO DE LOS DOCE AÑOS

S
E
M
A
N
A
—
2
—

A los doce años, el Señor Jesús se había desarrollado de manera normal y básica. Esta etapa nos habla del creyente que también ha alcanzado un nivel de desarrollo espiritual acorde con el tiempo que lleva en el Señor. Si han pasado años desde nuestra conversión y aún no hemos llegado a esta etapa, significa que algo no está bien espiritualmente, que estamos estancados o incluso enfermos en nuestra fe. Si la mayoría de los hermanos seguimos viviendo en la etapa del Cristo de Belén, es momento de orar, dedicarnos a la búsqueda de Dios y clamar para que el Señor haga un milagro en nosotros, llevándonos a un despertar espiritual.

A
—

Necesitamos ese despertar para salir de la etapa del Cristo de Belén y entrar en la etapa del Cristo de los doce años. En Lucas 2:43, en la versión BTXIV, se hace referencia a *“el joven Jesús”*. Según la psicología, todo ser humano completa su desarrollo emocional a los doce años. Muchas veces, como padres, insistimos en tratar a las jovencitas de más de doce años como si aún fueran niñas, y lo mismo sucede con los varones. Sin embargo, está comprobado que, sin importar lo lento que pueda ser su proceso de maduración, todos los seres humanos han alcanzado su desarrollo emocional a esta edad.

La Vida Divina, así como estuvo plenamente en Jesús a los doce años, también puede ser nuestra experiencia. La Vida Divina habitó en Jesús, al igual que en todos los que hemos creído en Su Nombre. Sin embargo, a veces somos tan carnales y falsos que decimos: “Dichoso el hermano Marvin, que puede leer bastante la Biblia”, pero ¿quién le ha dicho a usted que no puede hacerlo también? O decimos: “Dichosa la hermana fulana, cómo ora”, pero ¿qué le impide orar igual que ella? Todos tenemos al mismo Espíritu. Lo que realmente necesitamos es buscar crecer en la Vida Divina.

¿Cuándo alcanzamos la madurez? No la alcanzamos por predicar o por dirigir la alabanza en las reuniones de la iglesia. ¡Qué bueno si lo hacemos! Pero eso no es necesariamente una señal de madurez. La escena del Cristo de los doce años nos muestra cómo debe ser una persona que ha alcanzado un desarrollo espiritual sólido.

a.- UN JOVEN JESÚS VINCULADO CON LA CASA DE DIOS

Nadie puede decir que ha dejado atrás la esfera de la niñez espiritual si no está vinculado con la Casa de Dios. En Lucas 2:39-52 vemos cómo José y María pasaron tres días buscando a Jesús. Seguramente lo buscaron en muchos lugares, incluso en algunos de mala reputación. Quizás, cuando ya habían agotado todas las esperanzas de encontrarlo, decidieron ir al Templo. Si hubieran conocido las

intenciones de Jesús desde el principio, habrían ido directamente allí. Por eso, el joven les dijo:

“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”

(Lucas 2:49)

Este escenario nos enseña que, si queremos crecer espiritualmente y avanzar en nuestra relación con el Señor, debemos esforzarnos por vincularnos con la Casa de Dios. Veamos algunas maneras objetivas de lograrlo:

1.- ASISTIENDO A LAS REUNIONES

No podemos decir que somos parte de una congregación si no asistimos a ella. Es como un matrimonio en el que uno de los cónyuges solo llega a dormir ocasionalmente; todos entenderíamos que ese “matrimonio” no está funcionando bien. Lo normal es que los cónyuges vivan juntos, compartan su día a día y pasen la mayor parte del tiempo unidos. Si esto no sucede, difícilmente podríamos decir que están verdaderamente vinculados en su relación. De la misma manera, la casa en la que vive un matrimonio se convierte en un símbolo de su vínculo, pues, aunque deban salir a trabajar o atender otras responsabilidades, al final del día deben regresar a su hogar.

En el plano espiritual debe suceder lo mismo: dejamos de ser niños espirituales cuando nos vinculamos con la Casa de Dios, y esto se refleja en

nuestra fidelidad a las reuniones de la congregación. Si queremos que Dios nos confíe los asuntos de Su Reino, debemos ser fieles a Su Casa, comenzando por asistir con constancia a las reuniones de la Iglesia local a la que pertenecemos.

El primer mandamiento que el Señor dio a sus discípulos después de resucitar fue: “*Reúnanse en Galilea*” (**Mateo 28:7, 16**).

Jesús les ordenó estar juntos en ese lugar. Si queremos crecer en Dios, debemos obedecer esta instrucción y congregarnos fielmente. La base del desarrollo de la Oikonomía neotestamentaria es la Iglesia. Tanto en las enseñanzas de Jesús como en la doctrina de los apóstoles, se enfatiza la importancia de pertenecer a una Iglesia local.

Para la salvación eterna, no es un requisito formar parte de una congregación, pero si queremos crecer espiritualmente y ser vencedores, es indispensable congregarnos. Para Dios no existen los cristianos “aislados” ni los que “no se congregan”; para Él, solo hay cristianos vinculados a Su Casa. Ciertamente, Dios llevará a muchos a la eternidad por haber creído en el sacrificio de Su Hijo, pero aquellos que no se vincularon con Su Iglesia no tendrán el privilegio de reinar con Él. Recordemos que Dios tiene una Oikonomía, un propósito divino, y lo ejecuta en Su Casa, que es la Iglesia.

Dios solo tiene tratos con aquellos que se congregan y tienen un compromiso con Su Iglesia. Es preferible un creyente que, incluso llegue a dormirse a la Iglesia, que al menos está presente, que aquel que siempre está ausente. La Obra de Dios en el Nuevo Testamento comienza con la Iglesia, pues Él ha prometido estar donde dos o tres se reúnen en Su Nombre.

Dios no trata con los creyentes individualistas, con aquellos que, aun teniendo la posibilidad de asistir a las reuniones, deciden voluntariamente no hacerlo. No pensemos que escuchar un mensaje en la radio o en la televisión puede suplir la bendición que se recibe al estar presente en la congregación.

Debemos tener cuidado con esta actitud, porque al menospreciar Su Cuerpo, que es la Iglesia, podríamos alejarnos del propósito de Dios. Él nos llama a estar en comunión y a participar activamente en Su Casa.

2.- TENIENDO Y SOSTENIENDO LA COMUNIÓN CON LOS SANTOS.

No se trata solo de asistir a las reuniones, sino de mantener y sostener la comunión con los santos. Podemos estar presentes en las reuniones y, sin embargo, tener una mala actitud hacia los demás. Hay creyentes que, al terminar la prédica, se dirigen rápidamente a su vehículo sin detenerse a tener comunión con los hermanos. El mundo evangélico ha enseñado a muchos a asistir a las reuniones solo para escuchar una prédica y admirar al predicador, pero al mismo tiempo ha mal enseñado a no interesarse en compartir con los hermanos ni a valorarlos como parte del Cuerpo de Cristo.

Quien está verdaderamente vinculado a la Casa de Dios debe hacer el esfuerzo de vencer las culturas, las contraculturas, las costumbres y las actitudes de los demás. Si siente que los hermanos no lo aceptan, debe hacer todo lo posible por ganárselos y estar en unidad con ellos. Algunos se justifican diciendo que no asisten a las reuniones porque los hermanos están "muertos" espiritualmente. Aunque puede ser cierto que algunas iglesias se encuentren en ese estado de mortandad, aún así debemos mantener y sostener la comunión con esos hermanos.

El Evangelio de Mateo nos narra la historia de José de Arimatea, un discípulo de Jesús que, arriesgando su vida, fue a pedirle a Pilato el cuerpo muerto de Jesús. Luego lo envolvió en una sábana

S

E

M

A

N

A

—

3

—

limpia y lo colocó en un sepulcro nuevo, labrado en una peña (Mateo 27:57-61). ¿Qué recibió José de Arimatea a cambio? ¡Nada! Jesús ya estaba muerto, no hacía milagros, ni siquiera le dio las gracias. Si la Iglesia local a la que pertenecemos parece "muerta", hagamos como José de Arimatea: demos lo mejor de nosotros, incluso si no ocurre nada y ni siquiera nos dicen “gracias”.

3.- APRENDIENDO A TOCAR A DIOS A TRAVÉS DE LA ESFERA DE LA IGLESIA.

Tengamos cuidado de no menospreciar lo que ocurre en las reuniones de la Iglesia. Muchos se desilusionan al escuchar los cantos y la manera en que cantamos; otros no valoran las profecías que los hermanos comparten, llamándolas “mini mensajitos”. En 1 Tesalonicenses 5:20 se nos instruye a no menospreciar la profecía. Seamos como la mujer con el flujo de sangre, quien tuvo la fe de tocar al Señor, creyendo que recibiría virtud de Él. Su fe fue tan grande que el Señor percibió que alguien lo había tocado y que de Él había salido poder. Aunque muchos lo apretujaban, solo esta mujer logró tocarlo de manera virtuosa.

Si deseamos vincularnos con la Casa de Dios, debemos aprender a tocarla como si estuviéramos tocando a Dios mismo. Aprendamos a tocar a Dios incluso en los silencios de los hermanos, porque recordemos que donde están dos o tres reunidos en Su Nombre, allí está Él.

El que logra extraer virtud de la Iglesia, independientemente de su estado, es alguien que ya ha madurado. El que prefiere reunirse con el Cuerpo de Cristo antes que con su familia o amigos, está demostrando que ha alcanzado madurez. Algunos pueden considerar este concepto radical, pero leamos lo que dice **Marcos 3:32**:

"Y la gente que estaba sentada alrededor de Él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera y te buscan. Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de Él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre".

El Señor estaba en plena reunión cuando lo interrumpieron para informarle que su madre lo buscaba, pero Él respondió: "He aquí mi madre y mis hermanos", es decir, el Señor declaró: "Mi familia terrenal no es más importante que la esfera de la Iglesia."

¿Tenemos nosotros el temple para darle más importancia al Cuerpo de Cristo que a nuestra familia? ¿Podemos darle más prioridad a la reunión de la Iglesia que a un partido de fútbol? Nos guste o no, estas son las características de alguien que ha madurado, de alguien que está verdaderamente vinculado a la Casa de Dios.

b.- TOMÓ POSICIÓN DE DISCÍPULO.

Otro rasgo que caracteriza a alguien que ha alcanzado la etapa del Cristo de los doce años es volverse discípulo. Esto resulta difícil, especialmente para aquellos que se sienten muy inteligentes y autosuficientes. Sin embargo, no olvidemos que estamos hablando del Cristo de los doce años, quien siendo Dios mismo, se sentó a aprender de los maestros del Templo. En Lucas 2:46 se nos dice: “Y aconteció que tres días después, lo hallaron en el templo, sentado en medio de los maestros, no solo oyéndolos, sino también haciéndoles preguntas”.

Tradicionalmente, se ha pensado que el Señor estaba enseñando a los maestros, pero al leer el pasaje con atención, vemos que Él estaba “oyendo” y haciendo preguntas. Es decir, el Señor estaba en calidad de aprendiz. La lección que nos deja es que, si Él, siendo Dios, fue humilde para aprender de aquellos que se encontraban en el Templo, ¿cuánto más nosotros, necesitamos aprender de los demás?

El Señor Jesús estuvo dispuesto a escuchar y aprender de los maestros rabínicos que se sentaban en los atrios del Templo. Allí llegaban muchas personas de manera voluntaria para aprender de ellos. Jesús, con una actitud humilde, se dispuso a aprender, procesar, cotejar, desambiguar y concretar lo que escuchaba. Si Él tuvo esta buena disposición durante su desarrollo, nosotros también debemos mantenerla cuando estamos en las reuniones,

escuchando a nuestros hermanos y aprendiendo de ellos.

El pasaje nos menciona que lo otro que el Señor hizo fue “preguntar”. El buen discípulo no solo escucha para aprender, sino que también pregunta, porque busca entender. La diferencia entre aprender y entender es fundamental. Aprender es recibir información, mientras que entender implica procesarla, reflexionar sobre ella y hacerla propia. No preguntamos para contender, sino para comprender.

El creyente maduro es aquel que está dispuesto a ser discípulo. Los apóstoles nunca consideraron que la Iglesia estuviera conformada por personas que no fueran discípulos. No basta con ser creyentes, es necesario ser discípulos. Tanto el Señor como los apóstoles creyeron que la Iglesia debía estar compuesta por discípulos. Incluso en los tiempos del Ministerio del Señor, hubo miles que "creyeron" en Él, pero carecieron de la actitud de ser discípulos, y por eso fueron dispersados. Hoy en día, también existen miles de personas que se quedan en las Iglesias como "visitas", pero el Señor espera que nos hagamos discípulos. Debemos mantener siempre una buena actitud para aprender de nuestros hermanos.

Por la misericordia de Dios, entre nosotros nadie puede decir que no tiene de dónde aprender. Además de lo que predico constantemente, hay una página web: vidadeiglesia.org, a la que cualquier

persona puede acceder fácilmente para encontrar una gran cantidad de material escrito y en audio, donde se pueden repasar las verdades que he compartido a lo largo de los años de ministerio que Dios me ha dado. De manera más específica, también tenemos la Escuela Bíblica, a la que todos los que deseen participar pueden acceder, colaborando con una ofrenda simbólica.

Si usted desea hacerse discípulo, sea diligente. Para empezar, compre una buena Biblia de papel; deje de usar aplicaciones “gratis” en su celular. Tome en serio el camino del discipulado, porque el Señor sí tuvo en serio venir a este mundo y estar dispuesto a morir por usted.

c.- APRENDIÓ EL PRINCIPIO BÁSICO Y UNIVERSAL DE LA SUJECIÓN.

En **Lucas 2:51** se nos dice:

“Y descendió con ellos y fue a Nazaret, y estaba sujeto a ellos”.

El Cristo de los doce años se comportó con sujeción y obediencia hacia Sus padres. Esto nos enseña que el aprendizaje y la práctica de la sujeción a la autoridad comienza con la decisión de no marcar nuestra propia ruta. Según la Escritura, nadie es aprobado por Dios si no pasa el examen básico de sujeción y obediencia. La razón de esto es que, si no nos sujetamos y no obedecemos, rompemos el principio de la Justicia Divina. Dios no puede tratar nada fuera de Su Justicia, porque esta es Su manera de obrar. Para Él, es justo el principio de la sujeción y la obediencia.

Si nosotros no caminamos y actuamos dentro del marco de Su Justicia, no esperemos que Dios nos trate con benevolencia. Si vivimos en rebelión y desobedecemos a las autoridades que Él ha puesto en la tierra, no debemos esperar que Dios apruebe tal comportamiento.

Qué gran lección nos dio el Señor Jesús, quien, después de sus doce años, siguió otros dieciocho años siendo moldeado por este principio esencial de sujeción y obediencia.

S

E

M

A

N

A

—

4

—

Si hemos comprendido que la sujeción y la obediencia son justas y necesarias para nuestro desarrollo espiritual, nunca hagamos de esto solo un asunto interior o subjetivo. La sujeción es, sin duda, una actitud interna, pero debemos completar este proceso con la actitud externa de la obediencia.

Hay muchas áreas en las que debemos someternos a alguien más. Mencionemos, a modo de ejemplo, algunas de las personas a quienes debemos obedecer: las mujeres casadas deben obedecer a sus maridos; los hijos deben obedecer a sus padres; los trabajadores deben obedecer a sus jefes; si estamos manejando un vehículo, debemos obedecer a los policías; los estudiantes deben obedecer a sus maestros, etc. Si somos observadores, veremos que en nuestro entorno hay muchas personas que, de una u otra manera, ejercen autoridad sobre nosotros, y como tal, debemos someternos y obedecerlas. Seamos diligentes en cumplir con nuestra responsabilidad de obedecer a estas personas, respetando su autoridad.

Incluso en el caso del Señor Jesús, cuando se perdió de vista por sus padres, no fue porque Él fuera rebelde o quisiera actuar de manera contraria, sino que hubo circunstancias que causaron que se quedara en el Templo. Sin embargo, el hecho de que lo encontraran allí fue una clara señal de que, en su interior, siempre tuvo la disposición de estar sujeto a ellos. Esto lo demostró objetivamente al regresar con ellos a Nazaret.

Procuremos seguir el ejemplo del Señor Jesús,
avanzando del escenario del Cristo de Belén al
Cristo de los doce años.

¡Amén!